

ralmente aflora entre las gentes de este desfile continuo una plácida sonrisa. En los murales del vestíbulo se ven magnificadas escenas de los cuentos más famosos, o episodios culminantes de la larga vida del autor. El hijo de un zapatero y de una aldeana, el despertador de la ilusión de tantas generaciones, es, a no dudarlo, el prócer de más garantizada perennidad de este país. El perfil de los reyes daneses aparece troquelado en las monedas, mientras ellos viven; pero la efigie de Andersen permanece en los billetes de mayor valor como un símbolo sin reemplazo. Monumentos, calles, parques infantiles, escuelas y bibliotecas dedicados a su memoria son frecuentes y conspicuos homenajes en Dinamarca. Esta tierra de viejas leyendas —de las cuales Shakespeare eternizó la de Hamlet— aparece en la Historia como una alborada que confunde la fábula y la

épica, las sagas escandinavas y los relatos bizarros de las aventuras vikinas. Mas, su literatura contemporánea reivindica con Andersen aquel inmemorial linaje legendario transportado a la in- temporalidad del relato que usa el pre- térito impreciso como una paradoja del presente: "Érase una vez..."

Andersen poetizó la geografía y la historia de su comarca nativa. Y enseñó a los niños que,

"...Entre el Báltico y el Mar del Norte hay un antiguo nido de cisnes llamado Dinamarca. En él han nacido numerosos cisnes cuyos nombres no debieran olvidarse nunca..."

Pero hay uno de esos nombres que nadie olvida porque se renueva cada día en las mentes más tiernas.

Haya de la Torre

Odense, Dinamarca, Junio de 1955

Andersen y su Sombra

Por Fryda SCHULTZ de MANTOVANI

(En *Diario de Hoy*, San Salvador, 3 de abril 1955)

He aquí la historia de una sombra. Una sombra pintada por Thorning Madsen en medio de una floresta de seres y objetos imaginarios; una sombra que tiene estatua, flanqueada por niños, en su **Memorial Hall** de Odense, la pequeña ciudad que el 2 de abril de 1805 vio nacer a Hans Christian Andersen. Este era el único hijo feo y desmañado, de un matrimonio a cuya boda asistieron la locura y la indigencia: lo que significa un buen comienzo para un cuento de hadas. El muchacho cantaba junto al río, que hoy sigue corriendo entre tulipanes, para que, si alguna vez lo escuchaba el Emperador de la China, lo invitase a cantar en su palacio. Pero su voz no tenía buen timbre, ni su cuerpo gracia para bailar en el Tetro Real de Copenhague, y cuando se hizo hombre las mujeres querían oírle hablar de todo, menos de amor. Principalmente de historias fingidas, que era lo que le atraía más público. La buena sociedad comenzó a admirarlo; sólo los niños sospechaban que decía la verdad. Esto comenzó en 1835. Es decir, cuando Andersen escribió su primer cuento; entonces dejó de ser hombre y se convirtió en sombra, en verbo, en soplo que dibuja cosas sobre el espejo del mundo.

—“No diré a nadie quien eres. Aquí tienes mi mano, te lo prometo”— dice el sabio. “Un hombre es un hombre, y una palabra...”

“Y una palabra es una Sombra”— le responde su antigua sombra que ha venido a visitarlo.

Quienes recuerden a Andersen en este 150 aniversario no han pensado, quizá que lo que los atrae en él es sólo el cuentista de niños, el encantador de las hadas, que, como en el cuadro famoso, sostiene en la palma de la mano a una bailarina y un soldadito de plomo, de pie él mismo, sombra desgarbada, entre las bellas y grotescas criaturas desatadas de su ficción. Pero Andersen era algo más. En su nativa Fionia, de nieves y campanarios, el sueño se entremezcla con el día y los fantasmas con los príncipes que mueve Shakespeare traducidos a una lengua que recorre el mundo. Todo vertido a un solo fantasma: el de Hamlet, que repite **words, words, words...** ante la realidad que le parece incomprensible, tierra incógnita y un poco loca habitada por seres que mienten siempre y aïmas en pena que dicen la verdad.

La propia infancia es un mundo evocado; paraíso, que se vuelve lugar común, repetido por el hombre, que discute a medida que se interna en el tiempo, en su propio infortunio, desde el que añora e idealiza el punto de partida, la primera edad. Por eso el sabio, que en el cuento de Andersen quería escribir sobre lo verdadero, lo bueno y la bello, sin que nadie le prestara atención, tras-

ladado a un país tropical, en donde el sol delimita objetos, siente que se le achaparra la fantasía y necesita de la noche para poder respirar y de la luz de un candil a sus espaldas para que su sombra pueda desperezarse por pisos y paredes y recobrar fuerzas. Frente a la casa donde vive hay un balcón cerrado y con flores, misterioso, porque adentro suena siempre una música que no deja de ser la misma y sin embargo, lo atrae. No puede penetrar más que en esa forma reptante, inasible, de su propia si- tueta colada entre los resquicios de la persiana, cuando apaga la luz o corre la cortina de su cuarto. Allí vive la Poesía. Sólo lo sabrá cuando su sombra, a la que él soltó, curioso, se le aparezca años más tarde en su nevada patria. El visitante es un alto caballero, bien vestido y nada medroso, que, al sentarse, pisa la sombra recién nacida del sabio, como obligándola a que lo escuche y se rebelle ella también. Lo primero que pide al sabio es que deje de tutearlo: una sombra echada afuera, así, al azar, ha tenido que andar desnuda, asomarse a las ventanas, andar por calles y mercados, saber innumerables cosas, antes que los sastres la vistieran y los hombres y las mujeres la colmaran de riquezas para que no dijera en voz alta sus memorias del mundo. Además, como sombra entró en casa de la Poesía, y si bien no contesta al sabio sus retóricas preguntas sobre si vió o nó allí un bosque verde, una vasta iglesia, un cielo estrellado, o si eran dioses paganos y héroes los que luchaban, o niños que se contaban sus sueños, es indudable que posee secretos más importantes. La sombra, es decir, la palabra, la prolongación del hombre, está ya de vuelta de ese penoso empeño de querer hablar sólo de cosas altas, de lo que nadie hace caso. Le propone un viaje, un turno en la vida en el que se deje tratar familiarmente y consienta el antiguo amo en convertirse en sombra de la Sombra. Como todos los sabios vienen a menos, o sucede que necesitan vivir a costa de sus ex-sirvientes, el del cuento acepta. Pero he aquí que al nuevo señor no le crece la barba, y en un balneario a donde ha ido en busca de reposo conoce a una princesa cuyo mal es, precisamente, ver demasiado claro, y ella se enamora de ese personaje cuya sombra sabe contestar puntualmente a todo lo que se le pregunta.

Es evidente que lo que Andersen se propuso no fué contar una historia para niños. Otras de sus obras pueden serlo, y de hecho lo son, ya que el oyente infantil proyecta su simpatía en los personajes que se le asemejan en tamaño,